

PUERTO DE VALPARAISO

Desde la Avenida Perú, en Viña del Mar, te miro: es de noche sobre la ciudad, aunque todavía hay en el oeste un lejano resplandor, una naranja que va destiñéndose despacio; pero todas tus luces están encendidas, las azules, las amarillentas, las azafranadas; las amarillentas, de los cerros pobres, parecen tiritar, luces pobres; te veo desde Punta Angeles, en donde la farola destella cada cinco o seis segundos, no los he contado bien, hasta más acá de Recreo. Estás como de gala en algunos cerros, como de pie descalzo en otros, Puerto de Valparaíso, a quien algunos seres faltos de imaginación e inclinados al plagio, quieren llamar Pancho. Tú no eres Pancho, eres Valparaíso, nada más ni nada menos que Valparaíso; que otro puerto del Pacífico se llame San Francisco, no quiere decir que tú debas llamarte Pancho. Sería un nombre subalterno y no debemos admitirlo. Además, eres más antiguo.

Te conozco desde mi adolescencia, cuando me ganaba la vida trabajando en tus lanchas y faluchos, cuando cuidaba, de noche embarcaciones cargadas de mercaderías, o cuando, simplemente, vagabundeaba por tus calles, cerros y quebradas, sin destino alguno, viviendo porque estaba vivo y había que vivir, de cualquier modo, en albergues y conventillos. En tus calles sentí cómo algunas veces tocaba el fondo de la vida dura, ese fondo de desesperación y desamparo en que el adolescente elige a veces entre la delincuencia y la muerte. Pero hay otra alternativa, la de la paciencia, y yo elegí la paciencia, y no olvidaré nunca aquel amanecer en la Estación Bellavista, sentado en una banca, sin saber para dónde estabas, si adelante, hacia atrás, o hacia el lado, oyendo ese rumor que no podía identificar, un rumor regular, casi isócrono, repetido a intervalos casi iguales, ¿qué será ese rumor?, no había nadie a quien preguntarle, hasta que amaneció y pude ver cómo surgías entre la neblina, haciéndote de a poco y como para mí, primero un cerro, luego otro, una quebrada, otra, y pude ver y conocer el mar, el que producía aquel rumor igual y persistente, el mar, que no había conocido antes.

Aquel amanecer naciste para mí y me parece que cada vez que vengo a verte renaces de nuevo para mí, que te he conocido y descrito como se puede conocer y describir un ser querido, hombre o mujer. Alguien, otro escritor, Carlos León, ha dicho de ti: "Valparaíso es un país distinto. Se sube a

a la cabeza como un vino generoso, hay que tener bien templados los nervios para tolerar sus primeros impactos", bellas palabras, dignas de ti, pero a mí no te me subiste a la cabeza, como Carlos León, a mí te me metiste en el corazón. Aquella noche, hace tal vez quince años, cuando hablé de ti en un salón de la Ilustre Municipalidad de Valparaíso, que había distinguido a Joaquín Edwards Bellos, a Salvador Reyes y a mí, con una medalla de oro y el título de Ciudadano Ilustre de Valparaíso, cuando terminé, Joaquín, que me escuchó con mucha atención, se me acercó y dijo: "Pero, hombre, usted es un poeta"; los poetas hablamos con el corazón. Por eso digo que tú te me metiste ahí.

Puerto de Valparaíso, a donde fondeaban los barcos franceses que venían a los mares del sur a la pesca "au cachalot", ¡cuántos compañeros y amigos tuve en tu bahía, en tus cerros y en tus conventillos!, algunos que murieron trágicamente, baleados por la espalda por agentes de policía, otros, pacientes monreros que querían enseñarme su oficio y que habrán muerto de vejez y de enfermedad en alguna cárcel o en un hospital; trabajadores del puerto, sindicalistas anárquicos, sanos y limpios; los de más allá, entusiastas pun-gas, bulliciosos, soñando con gordas carteras llenas de billetes de cien o de mil; y mujeres, rientes o llorosas, destrozadas por hombres brutos, que no veían en ellas sino un objeto de placer, y hombres duros, miserables, entrevistados en los calabozos de Investigaciones o de la Sección de Deteni-dos; y poetas, y aquel extraordinario ser que se llamó José Encarnación Novoa Orellana, a quien Pezoa Véliz llamó Marusiña —"La Marusiña estaba preñada y el Marusiño no sabía nada"—, bondadoso y hospitalario, esperan-tista y vegetariano, señor de la filantropía, caballero de la inteligencia; todos, todos desaparecidos, muertos ya en tus hospitales o en tus casas, en los cerros o en el Almendral.

Puerto de Valparaíso: fuiste, primero, una caletita de changos pesca-dores, de esos que usaban embarcaciones hechas con pieles de lobos marinos, un lugar humilde frente al que hoy se llama Cerro Cordillera; después, lle-gaste a ser el más importante puerto del Pacífico Oriental; te asaltaron los piratas y después franceses, ingleses y hasta alemanes llegaron hasta ti: abrieron tiendas y comercios; te bombardearon los bárbaros españoles.

Te crearon como ciudad, te dieron nombre; tienes, en vardad, una larga historia, una historia heroica a veces, triste en otras; te destrozó un terremoto y renaciste; siempre eres como un generoso; para mí, sin embargo, existe desde ese amanecer de 1913, en que te vi surgir de entre la neblina como una ciudad que se hacía para mí, para mí y nadie más, porque cada cual te mira con diversos ojos: tú eres para el uno lo que no eres para el otro, diverso siempre, Puerto de Valparaíso.

Julio 1972.

CELICH UC

Centro de Estudios de Literatura Chilena

Sucesión Manuel Rojas ©